DÍA DEL IDIOMA 2016
RELATORÍA

Gerardo Caetano

La celebración del Día del Idioma tiene mucho que ver con dos figuras gigantescas de la literatura universal como Cervantes y Shakespeare, cuya fecha de fallecimiento es el 23 de abril. Desde la Academia queremos promover una discusión actual, contemporánea, plural, abierta referida a la vida del idioma, al idioma como un instrumento de comunicación, de defensa de los derechos, de reivindicación.

El idioma siempre ha estado en pleito y es bueno que sea así. La vida del idioma no es cómoda; el pleito le da vida a los idiomas. En función de eso elegimos un tema polémico y quisimos que en la discusión hubiera visiones diferentes.

El título de esta jornada de conmemoración es una pregunta. *¿Discrimina el idioma español?* Cuando la organizamos expresamente queríamos que no surgiera ninguna conclusión, que no fuera una suerte de lección de los académicos al resto. Tampoco quisimos celebrar el Día del Idioma con un discurso cerrado entre académicos. Y por supuesto que, el haber elegido este tema, parte de una convicción fortísima que ha sido expresada desde distintas perspectivas pero de manera enfática y generalizada por todos los ponentes de comprometernos en la lucha contra toda forma de discriminación.

También pensamos que era bueno incorporar actores distintos. Era bueno que estuviera un integrante de la Academia. Era bueno que estuviera alguien que, desde su rol como presidente de la Casa de la Cultura Afrouruguaya, sea un militante, un activista, un *agitador*, expresión que siempre me ha gustado mucho. Nos parecía fundamental tener en este caso, a alguien que expresara el diseño y la ejecución de políticas públicas y nos parecía también muy importante que hubiera un comunicador; y un comunicador preocupado por el idioma, preocupado por una comunicación lo más efectiva y eficaz posible y lo más sensible al oyente. Yo puedo dar fe que Emiliano hace prácticas que son muy poco usuales. Como es, por ejemplo, distribuir los SMS y los correos electrónicos que llegan durante el programa a quienes participan en él. Ahí hay una preo-

cupación por el oyente que yo creo que es algo fundamental en la tarea del comunicador pero no es algo tan usual.

A partir de estas aclaraciones no voy a reiterar los argumentos que se han señalado, solamente voy a plantear algunos asuntos que se han puesto de manifiesto. Uno de los temas fundamentales es la entidad del idioma. Si el idioma actúa, si es un actor, si es el que discrimina o si es un instrumento desde el que actores hacen o deshacen. La densidad conceptual de la noción del idioma ha estado en juego. Por ejemplo, Virginia planteaba, y creo que fue muy impresionante verlo como siempre rompiendo la provincia y mirando el contexto universal, la pluralidad de géneros desde las concepciones culturales. Y al mismo tiempo, afirmar con ejemplos la creencia falsa de que la gramática puede incluir en nuestra concepción del mundo. Edgardo planteó, muy claramente, su convicción de que el lenguaje forma parte de las prácticas discriminatorias y que de alguna manera –en el perfil de lo que él llamó los pilares del racismo en el Uruguay– el idioma, en términos de construcción cultural, ha estado presente. Incluso hablaba de ese racismo solapado y se refería a los precedentes varelianos y batllistas.

Recuerdo el *Libro del centenario*, un libro absolutamente extraordinario editado por la Agencia Capurro el 25 de agosto de 1925 cuando para algunos uruguayos, porque estaba en discusión, se celebraba el centenario de la Independencia. Un libro que fue revisado por el entonces Ministerio de Instrucción Pública que le dio el sello de oficial, de documento oficial. Allí se decía, en un racismo no solapado, que el Uruguay era un país muy ventajoso porque no había terremotos, no había volcanes y no había indios. Claro, había negros pero estos, y recuerdo textualmente, en "función del clima y del mestizaje han perdido sus condiciones originarias". No sé qué querría decir, pero adviertan que en 1925, el núcleo duro de las prácticas de las reformas, que de alguna manera, matrizaron esta idea de un Uruguay igualitario y que sin embargo, incorporaban, en este caso, un racismo no muy solapado.

Mariella tomó el tema de la política pública, cómo construir prácticas antidiscriminatorias, medidas antidiscriminatorias desde el diseño de políticas públicas; y planteaba, precisamente, una de las tensiones, el uso de los plurales, la pluralidad. Y aquí siempre ha habido una tensión en el idioma. ¿Por qué? Por ejemplo, en el caso del Uruguay, y con esto tuvo mucho que ver la práctica igualitarista del batllismo, la idea de igualdad estaba muy vinculada con la idea

de homogeneidad hasta tal punto que se asociaron muy claramente. Del mismo modo que la idea de lo público estaba muy asociada con la idea del Estado. Desde esa matriz es muy difícil imaginar dimensiones públicas no estatales. Pero al mismo tiempo, recordaba a muchos autores posmodernos que justamente utilizan los plurales para, de alguna manera, eludir definiciones. Recuerdo la crítica que hacía Beatriz Sarlo: "ojo con el atajo perezoso de los plurales". Los plurales son extraordinariamente necesarios, sobre todo para una sociedad que ha cultivado la homogeneidad, pero también, y el idioma es siempre un pleito, los plurales pueden ser un atajo que nos eviten el reto de enfrentar situaciones efectivas que requieren definiciones.

También advertía algo muy interesante, algo que Mariella decía: "no hemos sido eficaces en explicar el concepto de género", y al final, yo creo que dejaba una puerta abierta muy importante, que planteaba la idea de que, en esta lucha, no hay síntesis finales y que si puede construirse una síntesis mejor, más correcta o que tenga las virtudes queridas pero no tenga los problemas registrados, bienvenido. Pero es una posición claramente no dogmática. Lo mismo señalaba Emiliano, incluso lo señalaba desde la práctica del comunicador que es una tensión con el otro, con el oyente. A mí siempre me decía una correctora que le regalaría a todos los escritores una estatuilla con un rótulo abajo que dijera "el lector". Creo que era una gran idea porque uno lee cada cosa. Uno piensa en los lectores y la preocupación del lector debiera ser una preocupación central del escritor. Del mismo modo, creo –Emiliano lo dijo muy claramente– en el comunicador, el oyente o el televidente es fundamental –y yo diría fundamentalmente en el comunicador radial– que esa tensión entre el oyente y el comunicador no se resuelva de manera autoritaria.

Emiliano planteaba problemas claros: la economía del lenguaje vinculada con eso tan mentado de la tiranía del tiempo; y también esta idea de evitar al oyente fastidiado que en esta sociedad de lo instantáneo se fastidia rápido. Es más, expresa su fastidio más rápido aun. En esta cultura de lo instantáneo muchas veces también hay que pactar, hay que buscar pactos móviles que resuelven el problema desde un discurso de la verdad y que, de alguna manera, nos ayudan a caminar en una tensión más favorable, que favorece la comunicación, aún cuando tienda a violentar ciertas ideas pero siempre

manteniendo el límite. En este caso el límite de un comunicador es la ruptura de la comunicación, la ruptura del vínculo con el oyente.

Así como el escritor debiera estar mirando la estatuilla del lector, el comunicador, en esa magia de la radio, está imaginando al oyente. Esto es un problema porque el oyente, a través del *rating* y de sus mediciones, se puede volver un dictador. Y en algún sentido, se ha vuelto un dictador. Por lo que aquí hay una tensión. Por eso decíamos, en el comienzo, que esta actividad sobre el Día del Idioma no quería sentar una posición académica, un discurso de la verdad, y luego, de alguna manera, adornar un escenario con otros actores. De ninguna manera, todo lo contrario.

Los historiadores tenemos una forma de hacer historia que es la llamada historia conceptual, que tiene mucho que ver con el idioma. Porque como ustedes saben, las palabras también tienen historia. Uno se equivoca mucho cuando le otorga a una palabra la connotación de otro tiempo o cuando peca de anacronismo. La historia conceptual tiene como objeto el uso público y fundamentalmente el uso político del lenguaje. ¿Y qué es lo que busca? Lo que busca es estudiar ese pasaje, siempre definido en pleito, de las palabras concebidas como significaciones abiertas a los conceptos definidos como significaciones polisémicas y por definición, la historia conceptual nunca termina, en realidad, ninguna historia termina. Los invitaría a ver en la página de la Real Academia Española –que tiene todos los diccionarios que se han publicado, desde el primer diccionario de autoridades de 1723, hasta el último– que hagan el ejercicio de seguir desde hace tres siglos hasta hoy, cómo ha cambiado el significado de las palabras, incluso cómo ha cambiado el género en muchas palabras y cómo, de alguna manera, la historia de las palabras nos introduce en una dimensión fascinante del idioma.

En suma, creo que la actividad que promovimos ha cumplido sus objetivos, no se cierra nada, en realidad lo que hemos intentado, y ojalá lo hayamos logrado, es abrir preguntas, incluso dejar abiertas nuevas tensiones. Tal vez, desde este compromiso común de luchar contra la discriminación desde todo oficio y desde toda perspectiva se abra la posibilidad de una nueva síntesis superadora que recoja las virtudes pero corrija los defectos.